

VII

—... ¡No lo creo! ¡No puedo creerlo!—repetía Razumikin, que se esforzaba cuanto podía para rechazar las conclusiones de Rascolnikof.

Se hallaban ya cerca de la casa Bakaleief, donde, desde hacía mucho tiempo, les aguardaban Pulqueria Alejandrovna y Dunia. En el calor de la discusión, Razumikin se detenía á cada momento en medio de la calle; estaba muy agitado, porque era la vez primera que ambos jóvenes hablaban de “aquello” de otro modo que por indirectas.

—¡No lo creas, si no quieres!—respondió Rascolnikof, con sonrisa fría é indiferente.—Tú, según tu costumbre, nada notaste; pero yo pesé cada una de mis palabras.

—Eres muy inclinado á la desconfianza. He aquí por qué en todos ves ocultos pensamientos... ¡Hum!... En efecto, reconozco que el tono de Porfirio era bastante extraño, y sobre todo, que aquel pícaro Zametof... Tienes razón... había en él un no sé qué... pero ¿cómo explicarse esto? ¿cómo?.....

—Habrá cambiado de opinión.

—¡No, te engañas! Si fuyesen tan estúpida idea, hubiesen, por el contrario, hecho lo posible para disimularla; habrían ocultado su juego para inspirarte una falaz confianza, esperando el momento de quitarse la careta... En la hipótesis de que partes, su modo de obrar ahora sería tan torpe como insolente.

—Si existieran hechos, hechos serios ó presunciones algo fecundas, sin duda que se esforzarían para disimular sus intentos, con la esperanza de obtener algún resultado respecto á mí (por otra parte, mucho hace que habrían registrado mi domicilio). Pero no tienen pruebas, ni una sola; para ellos todo se reduce á conjeturas gratuitas, á suposiciones que no se apoyan en nada real; por eso recurren á la difamación. Quizá no es preciso ver en esto sino el despecho de Porfirio, que rabia por no tener pruebas. Quizá abriga también sus intenciones... Parece inteligente... Posible es que haya querido asustarme... Tiene una psicología particular, amigo mío. Por otra parte... ¡dejemos eso!

—¡Es odioso, odioso! ¡Te comprendo! Mas... puesto que francamente abordamos este motivo (y yo encuentro que obramos bien), no vacilaré en confesarte que hace mucho tiempo había notado en ellos tal idea. Bien entendido, que apenas se atrevían á manifestarla; flotaba en su espíritu, en el estado de duda vaga; pero es ya demasiado que la hayan podido acoger hasta bajo esa forma.

¿Y qué es lo que despertó tan abominables sospechas? ¡Si supieras lo furioso que me he puesto!..... ¿En qué se funda todo? ¡En un desmayo que, como tú, cualquiera hubiese sufrido! ¡He ahí el punto de partida de la discusión! ¡Que el diablo se los lleve! En tu lugar, Rodia, me reiría en las barbas de todos; más aún, les haría conocer mi desprecio á salivazos. He ahí cómo acabaría con ellos. ¡Valor! ¡Escúpeles! ¡Esto es vergonzoso!

—¡Sin embargo, ha hablado con cierta convicción! —pensó Rascolnikof.

—¿Escupirles? Muy bueno para dicho. ¡Y mañana otro interrogatorio!—respondió tristemente.—¡Sería necesario que me rebajase hasta dar explicaciones! Ya me arrepiento de la conversación que en “traktir” tuve ayer con Zametof....

—¡Que el diablo se los lleve! ¡Yo mismo iré á casa de Porfirio! ¡Es pariente mío! Aprovecharé la visita para hacerle hablar; ¡será necesario que me confiese por completo! En cuanto á Zametof....

—Por fin mordió el anzuelo—pensó Rascolnikof.

—¡Espera!—gritó Razumikin, asiendo de repente por el hombro á su amigo.—¡Espera! ¡Divagabas demasiado! ¡Lo he pensado, y estoy convencido de que desvarías! ¿Dónde ves un ardid? ¿Dices que la pregunta relativa á los pintores ocultaba un lazo? Reflexiona un poco. Si tú hubieras hecho “aquello,” ¿habrías sido lo suficientemente necio, para decir que habías visto cómo los pintores trabajaban en el piso segundo? Por el contrario, aun cuando los hubieses visto, lo habrías negado. ¿Quién hace, pues, confesiones para comprometerse?

—Si yo hubiera hecho “aquello,” no hubiese negado que había visto á los pintores—replicó Rascolnikof, que parecía seguir la conversación con marcado disgusto.

—Pero ¿por qué decir cosas perjudiciales á uno mismo?

—Porque únicamente los “mujiks” y las personas bajas niegan premeditadamente. Un hombre instruí-

do, por poco inteligente que sea, confiesa, en lo posible, los hechos materiales de los cuales en vano intentaría destruir la realidad; á lo sumo, los explica de otro modo, modifica su significado ó los presenta bajo un aspecto nuevo. Según toda probabilidad, Porfirio esperaba que respondería como lo hice; creía que, para dar más verosimilitud á mis declaraciones, confesaría haber visto á los pintores, sin perjuicio de explicar en seguida el hecho en un sentido favorable á mi causa.

—Pero en seguida te hubieran respondido que la antevíspera del crimen, los pintores no habían podido estar allí; de consiguiente, que habías ido á la casa el mismo día del asesinato, entre siete y ocho. ¡Hubieras caído!

—Contaba con que no tendría tiempo de reflexionar, y que, presuroso para responder del modo más verosímil, olvidaría esta circunstancia: la imposibilidad de la presencia de los pintores en la casa, la antevíspera del crimen.

—Pero ¿cómo olvidar eso?

—¡Nada más fácil! Los puntos de detalle son el escollo de los maliciosos. Cuanto más listo es un hombre, menos sospecha el peligro de las preguntas insignificantes. Porfirio sabe esto bien; está lejos de ser tan bruto como crees....

—¡Entonces es un pícaro!

Rascolnikof no pudo menos de reír. Pero en el mismo instante, le admiró haber dado la última explicación con verdadero placer, él que, hasta entonces, no había sostenido la conversación sino á su pesar, y porque el fin propuesto se le hacía una necesidad.

—¿Es que llegarán á agradarme tales cuestiones?— pensaba.

Pero, casi al mismo tiempo, fué invadido por una súbita inquietud, que pronto se hizo intolerable. Los jóvenes estaban á la puerta de la casa Bakaleief.

—Entra tú solo—dijo bruscamente Rascolnikof.— Vuelvo en seguida.

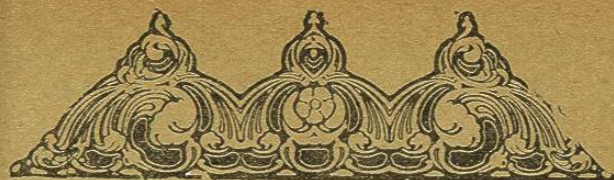
—¿A dónde vas?

—Tengo una cosa que hacer.... Estaré aquí dentro de media hora..... Las dirás que.....

—¡Te acompaño!

—¡Cómo! ¿Tú también te has propuesto perseguirme hasta que muera?

Esta exclamación fué proferida con tal acento de furia y gesto tan desesperado, que Razumikin no se atrevió á insistir. Permaneció algún tiempo á la puerta, siguiendo con mirada sombría á Rascolnikof, que se dirigía á su "perenlok." Por último, rechinando los dientes y prometiéndose estrujar á Porfirio como se estruja un limón, subió á casa de las dos señoras, para tranquilizar á Pulqueria Alexandrovna, ya inquieta á causa de su ausencia.



CUARTA PARTE

I

Quando Rascolnikof llegó ante su casa, sus sienes estaban bañadas de sudor y respiraba penosamente. Subió de cuatro en cuatro los escalones, entró en su aposento y se encerró por dentro. En seguida, lleno de terror, se dirigió á un escondite, metió en él la mano y registró con detenimiento. No encontrando nada, se levantó y exhaló un suspiro de satisfacción. Cuando subía á la casa de Bakaleief, se le había ocurrido la idea de que uno de los objetos robados podía hallarse escondido en cualquier grieta de la pared.....

Permanecía como sumido en un vago ensueño, y una sonrisa extraña erraba por sus labios. Por último, salió del aposento. Sus ideas se embrollaban. Bajó pensativo la escalera, y se detuvo en el dintel de la puerta.

—¡Mirad! ¡Aquí está!—gritó una voz fuerte. El joven levantó la cabeza.